

Autor: Abilio Ayuso

EL VIEJO

Ilustrador Ronny Bravo



+12

Si un grupo de gamberros amenazara tu entorno, y solo
tuvieras para enfrentarte a ellos un arma traidora y letal, ¿la utilizarías?.
El abuelo de este relato tuvo muy claro lo que debía hacer.

Aquel pueblo, no tenía nada de especial, era pequeño y remoto, alejado de cualquier centro urbano importante, únicamente otra población gemela se encontraba a una distancia razonable. No poseía ningún atractivo turístico, salvo tal vez su plaza porticada de origen medieval, aunque no era suficiente para despertar un interés que atrajera posibles visitantes.

El único establecimiento de la plaza era la taberna que ocupaba uno de los edificios más relevantes, sus mesas se extendían bajo los porches y durante el buen tiempo invadían parte de la propia plaza, lo cual no representaba ningún problema circulatorio porque aquella plazoleta era peatonal y un par de señales dejaban bien claro que estaba prohibido circular, aparcar ni detener allí cualquier clase de vehículo.

Para Venancio aquella taberna era su segundo hogar. Funcionario jubilado de una pequeña ciudad provinciana, había enviudado hacía más de una década, y su única hija había tenido la ocurrencia de casarse con un campesino de aquel pueblo.

En un principio ni se planteó abandonar su ciudad natal para ir a vivir con su hija, valoraba demasiado su independencia, pero cuando pasados los cuarenta años ella se quedó finalmente embarazada y le pidió ayuda, la cosa cambió.

Era un estatus diferente, no se trataba del pobre viejecito que buscaba amparo, sino del abuelo que renunciaba a su vida para cuidar de su nieto, ya que los trabajos del campo y la granja mantenían al matrimonio ocupado todas las horas del día y parte de la noche.

Sin embargo, estaba satisfecho de su vida, se sentía útil atendiendo al chiquillo, viéndolo crecer, acompañándolo en sus triunfos y sus fracasos.

Pero cuando el niño estaba en el colegio, Venancio no pintaba nada en casa.

Intelectual y burócrata de profesión desde los catorce años, ni entendía ni quería entender de cuestiones agrarias, ni tampoco deseaba estorbar, así que habiendo desayunado, pasaba por el comercio que hacía las veces de librería, papelería, licorería y estanco, compraba el periódico y se dirigía lentamente a la taberna, que de hecho era su segundo hogar.

Si hacía frío se acomodaba junto a la estufa, en verano bajo el porche, y cuando lucía un agradable sol primaveral en las mesas de la propia plaza.

Algunos días festivos, también llevaba a su nieto con él, en principio porque en aquel pueblo tampoco había demasiadas cosas que hacer, y en segundo lugar porque el niño era uno de esos “cerebritos” que no les gusta jugar al fútbol ni ir a tirar piedras por ahí con otros chicos. Era un muchacho introvertido, muy reservado, apenas se relacionaba con nadie, excepto con su

abuelo, y por supuesto su ordenador y sus maquinitas electrónicas, a las que andaba siempre pegado.

Uno de los secretos de aquella relación, además de que lo había cuidado desde bebé, era que Venancio nunca le presionaba para que le dijera esto o aquello, simplemente le comentaba alguna cosa, pero sin exigir respuesta.

En una ocasión, el estanquero, que era un poco metomentodo, le había llegado a decir: “¿No te parece que tu nieto es un poquito retrasado?”.

A Venancio aquello le había sentado como una patada, pero con su mejor sonrisa había contestado: “Dime la verdad Ambrosio, ¿Cuántos suspensos viene sacando tu hijo?, y no me enrolles porque tengo amistad con el maestro y soy capaz de preguntárselo”.

“Hombre... Alguno saca, como todos”.

“Como todos no Ambrosio, mi nieto saca excelente en todas las asignaturas, ¿Así que... Quien es el retrasado?”.

“¿Pero qué dices?, mi hijo es listo como el hambre, lo que pasa es que es un sinvergüenza y un gandul”.

“Tal vez, pero si la cosa sigue así, mi nieto será un ingeniero de primera fila, y tu hijo podrá aspirar como mucho a conducir un camión”.

“Estás equivocado Venancio, no por ser muy inteligente se consigue ser rico sino siendo listo, espabilado, zorro”.

“Yo no digo que mi nieto se hará rico, sino que posiblemente será un ingeniero de primera fila, y vivirá bien, haciendo lo que le gusta. Pero tu hijo sí que posiblemente se haga rico, pero también puede que acabe empapelado, y que te arruine si intentas salir al rescate”.

“¡Joder! Venancio, que gafe que eres”.

“Nada de gafe, ejemplos tienes que tú y yo conocemos bien, además yo no he sacado esta conversación, así que si quieres lo dejamos”.

“Tienes razón, mejor lo dejamos”.

Pero como sucede en ocasiones con los pequeños paraísos personales, la taberna/refugio de Venancio se fue degradando poco a poco.

La primera señal fueron algunas motos potentes aparcadas junto a las mesas del exterior, luego fueron unas cuantas más, después llegaron los coches,

tuneados mediante colores y accesorios más o menos horteras, que hacían caso omiso a las señales de prohibido aparcar y zona peatonal.

El lugar había sido tomado como cuartel general por los “niños pijos” del lugar, era la élite económica del pueblo, los que podían comprarse una moto chula, o mejor aún, tunear un vehículo de cuatro ruedas.

Al grupillo local, pronto se le añadió el del pueblo vecino, con los cuales mantenían una relación de camaradería/competencia, para ver quien demostraba ser más chulo o quien hacía la gamberrada mayor.

Mas adelante ya no se limitaban a copar la zona con sus cacharros, sino que hacían el caballito con sus motos, quemaban neumático o derrapaban en círculos con sus coches, inundando aquella apacible plaza de ruido infernal y olor a caucho quemado, convirtiéndola en un lugar francamente desagradable.

La gente del pueblo optó resignadamente por evitar la plaza cuando aquellos vándalos actuaban, hubo, eso sí, montones de críticas, pero todo de puertas hacia adentro, sin que nadie se atreviera a ponerle el cascabel al gato y denunciar los hechos a la Guardia Civil.

Quien no se resignó en absoluto fue Venancio, no le daba la gana de que unos gamberros le apartaran de su rutina, así que, al llegar la primavera, tomó su cerveza y su periódico y para asombro de aquellos gansos ocupó una mesa en mitad de las suyas.

Pasada la primera sorpresa, el abuelo se convirtió en objeto de toda clase de burlas por parte de los que él llamaba “los zangarruzos”.

“¿Quién se ha dejado la momia en aquella mesa?”.

“Es tan feo que no lo quieren en el cementerio, los otros muertos han protestado”.

“¿Es que hoy no recogen las basuras?”.

Estas y otras lindezas eran las que Venancio tenía que aguantar estoicamente a diario, viendo al mismo tiempo como su plaza se degradaba. Las jardineras estaban pisoteadas, había vidrios rotos y latas vacías por doquier, pintadas en los antiguos muros de piedra, mobiliario urbano roto Etc.

En una ocasión, en que no había más clientes en la taberna, Venancio le dijo al propietario: “Oye Manolo, yo no soy de este pueblo, ni tengo negocio aquí, pero tu si, y esos macarras te están fastidiando, no te compensan las cuatro cervezas que se toman por todos los clientes que te espantan, ¿Por qué no

haces una denuncia a la Guardia Civil, o por lo menos hablas con el alcalde?”.

“Mira Venancio, esa es la cuestión, que tú no eres de este pueblo y no sabes de que va la cosa, esos chuletas son los hijos de los amos de estos dos pueblos, como el mayor terrateniente, el dueño de la fábrica de embutidos, y hasta el propio alcalde. La actitud de los chavales es un reflejo del necio orgullo y altanería de sus propios padres. Por mucho que la gente hable, nadie de pueblo tendrá huevos para dar la cara y hacer una denuncia, ni yo tampoco, ni tu deberías porque a tu hija y su marido no les iría nada bien”.

“Pues vaya mierda, tenemos que callar y tragar porque son los niños bonitos de sus papás, ¡Que asco!”.

Días después, Venancio se encontraba tomando el sol primaveral en las mesas exteriores junto con su nieto que le acompañaba absorto en su maquinita de juegos, cuando uno de los gamberros se les acercó haciendo el caballito con su moto, frenó bruscamente muy cerca suyo y derrapó estrepitosamente acelerando la rueda trasera manteniendo la delantera frenada, creando de esa forma una nube de humo, polvo y olor a goma quemada.

Venancio dejó el diario y se quedó mirando fijamente al macarruzo que le dijo riendo: “¿Qué pasa abuelo, te da miedo?”, mientras que los de las otras mesas respondían: “No asustes al viejo que igual se caga y nos empesta”.

“¿Miedo, por estas mariconadillas que hacéis?, todo esto son cosas de nenazas, si pudierais viajar medio siglo atrás y vivir lo que hacíamos nosotros con nuestros cacharros sí que os cagaríais de miedo”.

“Pero abuelo, si en tus tiempos de joven los coches iban con leña, o a lo mejor ni se había inventado la rueda, ¿Qué cosas hacíais tan terribles?”.

“Ya sé que al lado de los vuestros lo que teníamos era pura chatarra, pero con esa chatarra y un par de huevos se pueden hacer cosas acojonantes”.

“¿A si... Como qué?”.

“Mira, hoy me pilláis de buen humor así que pedir una ronda de cervezas que invito yo, y acercaros que os lo voy a explicar”.

“¡Hey tíos!, venir, que el viejo se paga unas birras y nos contará una batallita”.

El tabernero no se acabó de creer que Venancio invitara a todos aquellos energúmenos, hasta el momento en que dejó las bebidas en la mesa y él mismo le confirmó: “Ponlas en mi cuenta que hoy invito yo”.

Las cuadrillas de los dos pueblos se acercaron a escuchar, en principio por un punto de curiosidad y más que nada para poder reírse luego de las historias del viejo, Venancio tomó un buen trago directamente de la botella, como hacían ellos y comenzó el relato.

“Ya os he dicho que nuestros coches, hace cincuenta años eran pura chatarra, de segunda mano y comprados entre tres o cuatro amigos, pero con ellos hacíamos las carreras del infierno”.

“¿Del infierno...?, ¿Y qué coño era eso?”.

“Pues eso era que cuando nos picábamos una banda con otra, o los de un pueblo con otro, por cualquier pijada, o por cuestión de chavalas, esperábamos a que hubiera baile o una fiesta en algún pueblo, y una hora antes quedábamos para hacer la carrera del infierno para decidir quien tenía cojones y quien era un gallina”.

“¿Pero qué dices?, si vuestros cacharos no corrían nada”.

“Chaval, ¿Has oído decir que cuesta abajo hasta la mierda corre?... Pues calla y escucha: Nos poníamos todo lo chulos que podíamos para el baile, que en aquel tiempo era con traje, corbata, zapatos brillantes, y mejor aún con chaleco. Todo el grupo se subía apelotonado al coche, aunque fuéramos siete o nueve, una vez dos tuvieron que ir en el portamaletas, porque nadie se atrevía a quedarse en tierra como un maricón”.

“Joder, pues tan cargados no tiraríais nada”.

“Que más daba, el caso era llegar al punto acordado, aunque fuera en primera y segunda. El sitio de la carrera era una carretera muy estrecha, no pasaban dos coches, era recta como un tiro, con una bajada muy fuerte, un trozo llano y otra subida igual, justo como la carretera que va a la mina abandonada, seguro que la conocéis”.

“Claro que la conocemos, allí pegamos algunas carreras”.

“Pero no como las nuestras, porque la gracia era que en la parte de abajo la carretera pasaba elevada medio metro sobre un cenagal. A la hora fijada, un coche aparecía por arriba de la cuesta y se paraba, cuando llegaba el otro en sentido contrario también se paraba en lo alto, encendía y apagaba los faros tres veces, el otro contestaba igual y esa era la señal de salida”.

“Joder, como en las películas de la mafia”.

“Más o menos, porque en ese momento acelerábamos a tope cuesta abajo para ir uno contra otro y encontrarnos en la parte del cenagal”.

“¡No digas chorradas viejo!, Entonces os habríais hecho papilla y no estarías aquí contando la historia”.

“Ahí es donde te equivocas, nunca nos llegamos a dar, porque siempre había uno que se rajaba y se iba al cenagal”.

“¿Y si os acojonabais los dos?”.

“Tampoco pasó nunca, siempre había uno que le echaba huevos y otro se rajaba, yo gané siete carreras y no perdí nunca ninguna porque tenía un truco”.

“¿Te chutabas antes de la carrera?”.

“Nada de eso, más sencillo, me abrazaba al volante y ponía la cabeza encima”.

“Vamos, que ponías la jeta para darte la hostia más fuerte”.

“Que va, nunca hubo hostia, pero así no podía dar un volantazo, en el último momento y con los faros a tope el que venía de frente me veía y lo sabía, así que se acojonaba y se iba al barro”.

“¿Y luego que?”.

“Joder chavales, ¿No os lo podéis imaginar?, los que iban a parar al cenagal tenían que salir de allí a oscuras, con barro hasta las rodillas, si tropezaban se iban de morros al cieno asqueroso, y así, hechos una mierda volver a casa andando unos cuantos kilómetros. Al día siguiente buscar un labrador que quisiera ayudarles con el tractor, llevar tablones y cuerdas para sacar el cacharro del barro y rezar para que no se hubiera roto demasiado”.

“¡Pues vaya mierda!”.

“Exacto, vaya mierda para los que perdían, porque los que ganábamos llegábamos al baile todo chulos y éramos los reyes de la fiesta, al faltar un puñado de tíos había chavalas de sobras”.

“¡Ya me hubiera gustado ver si es verdad todo eso!”.

“No te hubiera gustado porque te hubieras cagado de miedo, los jóvenes como vosotros estáis mimados como princesitas y no tenéis que echarle

cojones para salir adelante en la vida, si te hubieras encontrado en una carrera de esas te hubieras echado a llorar”.

“¡Hey viejo!, No te pases que igual te hubiera echado yo a ti al barro”.

“Puede ser, pero nunca lo sabremos, y ahora os dejo que con tanta cháchara se ha hecho tarde”.

Los gamberros se quedaron un rato comentando y riéndose de aquella batallita mientras nieto y abuelo se perdían calle abajo. Cuando se hubieron alejado un par de calles el niño miró fijamente a su abuelo y habló”.

“Oye abuelo”.

“Dime chavalín”.

“¿Verdad que tú de joven vivías en una ciudad?”.

“Por supuesto”.

“Entonces, lo que acabas de contar...”.

“Es un rollo patatero, pero nunca se lo digas a nadie ni expliques que lo he contado”.

“Vale, pero lo que no entiendo es porque has sido tan amable con esos gamberros que siempre nos molestan”.

“Pues porque si les das cuerda, con un poco de suerte igual se ahorcan”.

Venancio siguió yendo a la plaza, en ocasiones solo, otras con su nieto, los macarruzos a veces le miraban, cuchicheaban entre ellos y se reían. El seguía imperturbable como si no se enterara de nada, sin embargo les observaba en silencio, los conocía muy bien y sabía quién y cómo era cada uno de ellos.

Un día apareció por la plaza el cabecilla del grupo del pueblo vecino, llevaba una moto nueva que era todo un alarde del tuneo, decorada con estrepitosos dibujos de llamas y calaveras, detrás suyo, una rubia teñida exhibía melena, sonrisa y minifalda. Dieron un par vueltas sin detenerse, animados por los aullidos de los que se encontraban en las mesas y se marcharon.

Poco a poco se fueron todos los gamberros, el último fue el jefecillo de la banda de aquel pueblo, que mostraba cara de pocos amigos. Cuando estuvo solo Venancio se acercó y le dijo: “¿Qué pasa chaval, el chuleta ese del otro pueblo te ha picado la novieta?”.

El chico le lanzó una mirada cortante y le contestó: “¿Qué novieta?, esa tía solo es una puta que me he follado todo lo que me ha dado la gana y cuando me he cansado la he mandado a tomar por culo”.

Como si no hubiera oído la respuesta Venancio continuó: “A mí también me pasó una vez a tu edad, pero yo me supe vengar bien de los dos”.

“¿A si... Que hiciste, darles con la boina?”.

“Era la fiesta mayor del pueblo, y le reté a una carrera el infierno. Cuando llegamos a la fiesta, después de mandar a los cabrones aquellos del pueblo vecino al barro, estaban todas las chavalas esperando, y yo gritando le dije a la zorra aquella: ¡Tu nuevo novio te pide que le vayas a buscar unos calzoncillos limpios a su casa, que con los que lleva cagados no puede caminar!”.

“¿Y ya está?”.

“Imagínatelo chaval, a la tía le dio tanta vergüenza que se fue del baile y plantó al gilipollas aquel. Pocos días después ya me estaba haciendo la rosca para volver, y entonces fue cuando yo la mandé a la mierda”.

“Ya, ¿Y si te llega a mandar al barro él a ti?”.

“Chaval, no te enteras, en este juego siempre hay uno que gana y uno que se caga, si tu aguantas es el otro el que se va a la mierda”.

El chico se marchó en su moto, con cara de perro y sin responder una palabra.

Los días siguientes los macarruzos del pueblo vecino no se dejaron ver tanto por la plaza y parecía que los locales tramaban y discutían algo entre ellos, Venancio dijo para sí mismo: “Algo se está cocinando”.

Cuando el sábado siguiente llegaron abuelo y nieto a la plaza, pudieron apreciar una extraña tranquilidad, no había ningún vehículo aparcado, ni gamberros gritando y cometiendo desmanes.

En cuanto se hubieron sentado, salió el tabernero con cara descompuesta y les dijo en tono nervioso: “¿Os habéis enterado de la noticia?”.

“¿Qué noticia?”.

“Han muerto en un accidente siete chicos de este pueblo y ocho del pueblo vecino, nadie se lo explica, han chocado de frente a toda pastilla en la carretera que va a la mina abandonada, ha sido una colisión brutal y encima los coches se han incendiado, no ha habido supervivientes”.

Venancio puso cara de pesadumbre y contestó: “Si es que iban como locos, tarde o temprano tenía que pasar algo así, pero la culpa la tienen los padres, por no haberles sabido meter en vereda, a ver si por lo menos esta desgracia hace reaccionar a los que tienen hijos pequeños y están a tiempo de corregirlos”.

Cuando estuvieron solos el nieto miró a su abuelo con una sonrisa picarona y le dijo a bocajarro: “¡Que cabronazo eres abuelo!”.

“¿Ha sí?, pues dime: ¿Qué hubiera hecho en mi caso uno de los superhéroes o karatekas de los cómics que tanto admiras?”.

“Pues los hubiera echado a todos a hostias”.

“Exacto, y como acostumbra a suceder en esas aventuras, luego hubiera tenido problemas con la justicia. Yo no tengo superpoderes ni soy el hostiador de Mongolia, pero tengo algo mucho más peligroso”.

“¿El que?”.

“Inteligencia chavalín, que bien utilizada es el arma más poderosa”.

Todo fueron conjeturas de porque iban tantos ocupantes en cada uno de los coches y porque fueron uno contra otro en aquella estrecha carretera.

Evidentemente, por pundonor, aquellos cabezas locas no dijeron a nadie que iban a copiar la idea de un viejo, por tanto, la versión final para todo el mundo fue que habían cometido su última gamberrada.

Durante tres años la tranquilidad en la plazoleta fue absoluta, pero el tiempo todo lo borra y los jóvenes crecen deprisa. Aquella paz se fue degradando lentamente, primero fueron unas motos mal aparcadas, luego volvieron los gritos, insultos, alguna pedrada... Venancio no se lo pensó dos veces y se fue directo al despacho del alcalde.

“Buenos días alcalde, ¿Tienes un minuto para escuchar a un viejo?”.

“Por supuesto Venancio, siéntate y dime”.

“Pues verás: Para un pueblo pequeño como este la desgracia de hace tres años ya fue demasiado, nunca debió suceder”.

“¿A mí me lo cuentas?, Yo perdí un hijo”.

“Lo sé, y lo que no podemos permitir es que vuelva a ocurrir algo parecido”.

“¿Pero qué dices Venancio, cómo va a volver a pasar algo así?!”.

“No tiene por qué ser exactamente así, pero cualquier desgracia entre jóvenes”.

“¿Sabes alguna cosa?, cuenta por favor”.

“Mira alcalde, tú tienes mucho trabajo aquí pidiendo subvenciones y todo eso, luego tienes tu negocio... Así que hay muchas cosas de las que no te enteras porque no puedes estar en todas partes, pero yo tengo poco que hacer y puedo entretenerme viendo crecer la hierba”.

“Joder me tienes en ascuas”.

“Pues que un árbol de fruto envenenado comienza siendo un hierbajo, y se puede arrancar con la mano, pero cuando el tronco tiene tres palmos de grueso no hay mano que lo arranque”.

“Dime de una vez que coño has visto”.

“Pues lo mismo que vi entonces, hace más de tres años, en aquel momento no sabía cómo podía acabar la cosa pero ahora ya tenemos experiencia, tú tienes otro hijo más joven y eres el más interesado en que la cosa no degenera”.

“Dime que hierbajo es y lo arranco de cuajo”.

“Pues acompáñame un minuto y lo verás tú mismo”.

Se dirigieron a la plaza, pero en lugar de entrar abiertamente se quedaron en un soportal donde podían ver sin ser vistos.

Quiso la buena o mala fortuna que en aquel momento los muchachos estuvieran en plena efervescencia. Uno de ellos hizo un par de cabriolas con su moto volcando una jardinera, otro le lanzó una botella de cerveza vacía que se rompió estrepitosamente, todo en medio de gritos e insultos.

“¿Lo ves alcalde?, así comenzó la cosa hace tres años, y ya sabes cómo acabó”.

Pero el alcalde no contestó ni una palabra, sino que se llevó una mano a la cara y comenzó a sollozar en silencio, hasta que, al cabo de un momento, entre gimoteos comenzó a decir en un apagado tono de rabia: “Lo sabía, yo lo sabía y no quise evitarlo, yo soy el culpable de la muerte de esos chicos, ¡gilipollas de mí!, en cierto modo me sentía orgulloso de que mi hijo fuera el

chuleta del pueblo, mira ahora donde está, acompañado por una banda de gusanos”.

“Alcalde, no sirve de nada llorar sobre el jarro de leche derramada, pero recuerda que tienes otro hijo”.

“Venancio, gracias por advertirme, te juro por mis huevos que esto se cortará de raíz, pero no hables a nadie de este asunto, quiero pillarlos bien pillados”.

El alcalde se movió deprisa, lo primero que hizo fue hablar con una viejecilla medio sorda cuyo balcón trasero daba a la plazoleta.

Una docena de años antes la mujer lo había usado como plataforma de cotilleo, pero ahora ya no estaba para esos trotes: “Angustias, a la paz de Dios, oye que quiero estudiar unas obras que hay que hacer en la plaza y si no te importa vendré algún día a sacar fotos desde tu galería”.

“¿Qué me va a importar?, tú mismo cuando quieras”.

“Vale, pero hazme un favor, no lo comentes con nadie, que igual es una sorpresa”.

“¿Y con quien lo iba a comentar?, si desde que estoy aquí postrada el único que viene a verme a veces es el médico”.

Durante dos semanas el alcalde, apostado detrás de una cortina, como vieja chafardera, estuvo grabando con su minúscula cámara de vídeo las “actividades” de la incipiente banda de gamberrillos, hasta que estuvo seguro de tener registrado a cada uno de ellos cometiendo alguna tropelía.

Luego habló con el comandante del cuartel de la Guardia Civil más próximo y quedaron de acuerdo para pasar a la acción.

Aquel sábado por la tarde pasaría a la historia del pueblo. Estaba el grupillo al completo enseñoreándose de la plaza, cuando por la calle Mayor entraron: un pequeño camión provisto de grúa pluma y un furgón de la Guardia Civil, del que se apearon estilo comando ocho policías con uniforme de campaña, provistos de porra y pistola. Cuatro de ellos desenfundaron y encañonaron desde diferentes ángulos a los acojonados gamberretes, al grito de: ¡Alto, las manos en la nuca!, mientras los otros cuatro se dedicaban a esposarlos y meterlos sin grandes contemplaciones en el furgón.

Dijeron las malas lenguas que alguno de ellos, al verse encañonado llegó a orinarse encima.

Mientras tanto otro equipo fotografiaba las motos y las cargaba a toda prisa en el camión.

La mayoría de los padres no llegaron a enterarse de la noticia hasta que recibieron una llamada del cuartelillo diciendo que sus hijos estaban detenidos. Les acusaron de todo lo que se les podía acusar: Vandalismo, daños a la propiedad municipal, pertenencia a grupo con fines delictivos, incumplimiento reiterado de las normas de circulación, no les acusaron de ser el toro que mató a Paquirri por casualidad.

Como además alguien colgó los vídeos probatorios en Internet, las familias tuvieron que callar y agachar la cabeza. Finalmente, la cosa se saldó con una multa, retirada del carné de conducir durante un año, y veinte fines de semana realizando labores comunitarias (Casualmente en el vertedero municipal de basuras).

Al cabo de unos meses, se celebró el funeral por el cuarto aniversario de las víctimas del fatal accidente. La iglesia estaba abarrotada. El alcalde solicitó permiso al párroco para dar un discurso.

Subió muy serio al púlpito y comenzó diciendo: “Conciudadanos, hoy habéis venido a rezar por el alma de los quince jóvenes que fallecieron hace cuatro años, pero yo he venido por algo más: Durante años he pensado que la fatalidad nos arrebató a nuestros hijos, pero hoy sé que no es verdad, ya se quién es el verdadero culpable de esta desgracia”.

Se hizo un silencio sepulcral en toda la iglesia, el ambiente estaba tenso como la cuerda de un violín, Venancio vio como su nieto le miraba con cara angustiada, pasados unos segundos, el alcalde continuó: “¡Todos sois los culpables, especialmente los padres, yo incluido!, por callar, por consentir, por miedo a enfrentarse a la realidad, finalmente tuvo que ser un abuelo el que me abriera los ojos”.

Alguna de las madres e incluso algún padre comenzaron a derramar lágrimas, el alcalde prosiguió: “Pero yo os digo que el tiempo de la cobardía ha pasado, el que presencie un acto incívico y no lo denuncie lo tomaré como cómplice. Hace años un alcalde llamado Giuliani, tuvo que pacificar un pueblo bastante más grande que este, se llama Nueva York, parecía imposible, pero lo consiguió con tolerancia cero. Esa será mi política a partir de ahora, crearé un clima donde el gamberrismo no pueda sobrevivir”.

Una cerrada ovación coronó aquel discurso, el alcalde ganó las siguientes elecciones por mayoría absoluta”.

Al salir de la iglesia Venancio preguntó a su nieto: “¿Qué te ha parecido el discurso?”.

“La verdad es que cuando ha comenzado estaba un poco preocupado, pero finalmente veo que te has convertido en héroe”.

“Es que la línea entre héroe y villano a veces es muy delgada e imprecisa, ¿Y tú qué piensas que he sido?”.

“Héroe por supuesto, pero no precisamente como el alcalde imagina, aunque también debo decirte que igual te has pasado un poco, a lo mejor la cosa no era para cargárselos”.

“Míralo de esta forma, supón que eres el presidente de un pequeño país que carece de ejército, y la poderosa armada de una potencia extranjera se dirige a invadirte, sin embargo, nadie sabe que posees unos misiles con cabeza nuclear, pero no puedes amenazar con ellos porque de inmediato el enemigo rastrearía sus bases y su aviación los destruiría, ¿Qué harías?”.

“En ese caso destruiría su ejército y su armada con un par de misiles, a poder ser sin que nadie supiera de donde habían partido”.

“Más o menos es lo que he hecho yo, usar la única arma a mi alcance aunque a ti te parezca excesiva, pero tú lo dices solo en relación a las gamberradas que hacían ¿Verdad?”.

“¿Es que hay algo más?”.

“Hay mucho más, imagínate dentro de unos años cuando esa cuadrilla de desalmados se hubiera metido en negocios: ¿Qué respeto hubieran tenido por la ley, la normas de convivencia, la honestidad y la propia gente humilde de este pueblo?, ¿O es que de repente se iban a convertir en santos”.

“Eso no, desde luego”.

“Y no olvides la parte positiva, ahora los padres de los que quedan se han dado cuenta que no pueden dar rienda suelta a sus retoños como perros en una cacería, ya que el mal puede volverse contra ellos mismos. Piensa que, a nivel social, lo sucedido ha sido como cuando el cirujano amputa un tumor, para que el cáncer no se extienda por todo el cuerpo”.

“¿Sabes una cosa?, Visto de esta forma, probablemente tienes razón”.

“No lo dudes chaval, que más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

FIN...